Escribe Carlos Esplá

Recuerdo de Luis Sirval

Especial para CORREO DE ASTURIAS

Luis de Sirval era valenciano. Comenzó su vida periodística en "La Voz Valenciana" cuando yo trabajaba en "El Pueblo". Era entonces Sirval muy joven, casi un niño. Escribía una prosa limpia, aguda, juvenil. Poco después marchó a Madrid e ingresó en la redacción de "La Libertad". Sirval llevaba en la sangre el veneno periodístico, como si un mago le hubiera dado una inyección de tinta de imprenta. En la vocación periodística hay, en efecto, algo de embrujo, de hechizo misterioso. Sirval era un periodista apasionado, totalmente volcado en su oficio. Nada en la vida complicada de los periódicos le era indiferente o desconocido. Escribía en "La Libertad" unas glosas diarias, muy ágiles y huídas. Hacía reportajes, trabajos de "mesa" en la redacción, crónicas y artículos muy migosos y fuertes de estilo. Fué uno de los compañeros que más trabajaron por la dignificación profesional. Era inquieto, activo, emprendedor. Durante la Dictadura puso en marcha una empresa que llevó aires de renovación a los periódicos provincianos, para los que organizó un servicio de colaboraciones de primera calidad: Unamuno, "Andrenio", Marcelino Domingo, Albornoz, Luis Bello... Sirval no llevó a cabo la empresa con espíritu comercial. Fué una organización cooperativa que permitió retribuir a los colaboradores en forma hasta entonces desconocida en la prensa española. Los colaboradores de Sirval realizaron en aquella época, de formación de una conciencia liberal en España, una inmensa labor desde las tribunas populares de los periódicos de provincia.

Yo hice por encargo de Sirval un reportaje político, desde Berlín, sobre la Alemania republicana, cuando las elecciones alemanas del 28, al tomar extensión política la ofensiva frenética de Hitler contra la República de Weimar. Sirval había previsto el drama alemán y quería que estuviesen informados los lectores españoles. Pude entonces apreciar la prodigiosa organización que Sirval había sabido montar sobre el periodismo provinciano español que era, por esencia, incoherente y desorganizado.

Proclamada la República, Sirval la sirvió lealmente con su pluma. Como periodista y nada más — y nada menos — que como periodista. Sus crónicas parlamentarias de las Constituyentes son un documento vivo, palpitante, evocador. Durante el bienio negro, Sirval mantuvo inflexiblemente la línea recta del republicanismo. Cuando March impuso su lerrouxismo de pirata en "La Libertad", Sirval abandonó la redacción.

A fines de septiembre del 34, Luis Bello y yo preparábamos la publicación de "Política". Buscábamos nuestros futuros colaboradores. Pensamos en Sirval. Este aceptó, gozoso de trabajar en un periódico que habría de publicarse sin trabas de intereses, consagrado plenamente al servicio de la República. Pocos días después, estalló el movimiento de Asturias. Sirval se despidió de nosotros. Su pasión periodística lo empujaba hacia el drama. Quería ver y contar lo que viese.

—No le dejarán decir nada — le objetamos.

—No importa... Algún día lo podré publicar. La represión debe ser algo terrible. Quiero sorprenderla ahora, en su horror. Luego, ya encontraremos medio de decir lo que ha ocurrido.

Fué la última vez que vi a Sirval. Noches más tarde, el jefe del gobierno, Alejandro Lerroux, al salir de una reunión ministerial anunciaba que en Oviedo había ocurrido algo lamentable: un periodista, no sabía exactamente si español o extranjero, había intentado agredir a la fuerza armada que se había visto obligada a matarlo. Se trataba, sin duda, de un aventurero que debía encontrarse en Asturias por fines inconfesables. Quizás fuese un espía soviético. Los periodistas preguntaron, con angustia:

—¿Cómo se llama?

—No sé... Algo así como Serol a Piral... Un nombre parecido. Acaso no sea el suyo verdadero.

Don Alejandro Lerroux era, además de jefe del gobierno, Presidente de la Asociación de la Prensa, adonde lo había elevado el turbio servilismo de algunos currinches. Don Alejandro Lerroux daba tranquilamente la noticia de la muerte de un periodista.

Cuando oí la referencia por radio, llamé en seguida a Luis Bello.

—Temo que el periodista muerto en Oviedo sea Sirval...

—Sí; yo también estoy inquieto. Me aterra que acertemos.

El muerto era Sirval. El Presidente de la Asociación de Prensa sabía, por lo menos, que "Luis de Sirval" era el seudónimo periodístico de nuestro compañero que, en realidad, se llama Luis Viñón... "Un nombre parecido. Acaso no sea el suyo verdadero".

Luis fué asesinado porque sabía la verdad. Sus notas periodísticas eran una terrible acusación. Los dramas espantosos de la represión iban a encontrar en él un historiador implacable y justiciero.

Fué su amor a la verdad lo que le condujo al martirio y a la muerte. Sirval había hecho de su culto a la verdad el fin de su vida y de su obra. Serviría hasta el sacrificio, hasta escribirla con su propia sangre, hasta lanzarla al mundo por los boquetes que en el cuerpo exánime abren las balas de una pistola de reglamento. Asesinaron a Sirval, pero la verdad de Sirval, su obra de periodista, resplandeció sobre su cadáver ultrajado.

Cuando publicamos "Política", Luis Bello y yo, mirábamos con angustia el puesto vacío de Sirval. Allí debía estar nuestro amigo y compañero entrañable. Sólo nos había dejado, impalpable y eterna, su Verdad. — CARLOS ESPLA.

A.P.C.E.
SIG.: 1.2d/1030

Octubre 1940